

los únicos testigos de su relajacion, y quisieran por lo mismo exterminarlos. ¿Qué mundo es este que aborrece enteramente á los buenos? A él pertenecen los herederos del espíritu de Cain y los imitadores de su ojeriza y envidia; á él los judíos que persiguieron á Cristo y los cristianos enemigos prácticos de su Evangelio; por esto quieren gozar de él, de sus riquezas, de sus vanas y pecaminosas curiosidades, de su lujo y de su soberbia, y huyen de Dios aun cuando les convida con otros goces y deleites mas delicados, mas puros y permanentes. Para convencer pues y sacar de su error á los escribas y fariseos, y enseñarlos á ellos y á cuantos les seguian y escuchaban, les puso el Salvador una parábola, en la que les manifestó la soberana grandeza de su divina piedad, y se arguyó y contradijo la ingratitude de los judíos, que de un modo mas particular que todas las demás gentes habian sido convidados á la eterna bienaventuranza.

Un hombre, les dijo, hizo una gran cena y llamó á muchos. No hay duda que los judíos fueron primeros llamados, y lo fueron por el mismo Dios, por Moisés y por los profetas. Después lo fueron por Jesucristo y luego por los apóstoles; mas habiéndolo menospreciado todo y rehusando venir á reunirse con Cristo, fué preciso llamar á los gentiles, los que respondieron mas pronto al llamamiento del amor y de la gracia de Dios. Este hombre fué Jesucristo Redentor nuestro, verdadero Dios y hombre, el cual se llama hombre por la verdad de la naturaleza humana, y Dios por la divina; el que es uno por la singularidad de la persona, y dispuso la refeccion de la vida celestial y eterna, y la perpetua bienaventuranza de las almas santas en la gloria celestial y eterna. Llámase cena, porque es la última refeccion; y así como la cena se prepara para cuando se acaba y fenecce el dia, y después de ella ninguna otra comida se sigue, así la vida perdurable empieza en el término de la vida presente, después de la cual ninguna se sigue sino aquella. Es cena grande y soberana, porque su inmensidad no prede caber en esta vida, ni el corazon del hombre la puede comprender. A esta llamó el Señor á muchos, porque quiere su Majestad que todos los honores sean salvos y bienaventurados. A unos llamó por medio de los ángeles, á otros por los patriarcas, á otros por los profetas y á otros por

CAPITULO XXIII.

UN HOMBRE RICO CONVIDA A VARIOS A LAS BODAS DE SU HIJO; UNOS SE EXCUSAN Y MUCHOS RESISTEN ACUDIR AL FESTIN; EL QUE SE PRESENTA SIN EL VESTIDO DE LA BODA ES ARROJADO FUERA; CONTESTA DESPUES JESUS SATISFACTORIAMENTE A LA CUESTION QUE LE PRESENTAN SOBRE LA PAGA DEL TRIBUTO, Y A LA DE LA MUJER QUE TENIA SIETE MARIDOS, Y SATISFACE LA PETICION DEL FARISEO QUE DESEABA SABER CUAL ERA EL PRIMERO Y GRANDE MANDAMIENTO DE LA LEY.

Siempre presentaron los amadores del mundo pruebas positivas del fastidio que les causan las cosas de Dios, aunque sean las mas santas y sagradas. Aborrecen no solo á Dios Padre y á Jesucristo su único Hijo, Redentor y Salvador nuestro, sino á los siervos de este hombre Dios, el mas rico que jamás vieron los siglos, el que vino al mundo para llenarnos á todos de los dones de su gracia, de su misericordia y amor; porque viendo en ellos patente los contrarios efectos que en sus corazones produce el amor de Dios, al que en los suyos causa el amor del mundo, los miran siempre como á

los apóstoles. Esta cena denota también la vocación de los pueblos á la fe de la encarnación, en la que Jesucristo se reunió con lazo indisoluble á la naturaleza humana, y se desposó con toda la Iglesia. Esta fué la mas estrecha, la mas tierna, la mas rica de cuantas alabanzas se habian visto en el mundo, por lo cual entendemos cuán ventajosa es al alma cristiana la íntima unión con que quiere unirse Dios con ella en su mismo Hijo por la fe y la caridad.

Habia razon para suponer que los hijos de Abraham, de Isaac y de Jacob, llamados por preferencia los hijos del reino, mirarian como gloria suya el ser del número de los convidados. Pero negligentes, indóciles y rebeldes, se negaron á asistir al banquete en el que los hijos de la luz, libres de las tinieblas de la ignorancia y del error, habjan de sentarse en la mesa del gran convite que el Salvador venia á establecer para todos los de la Eucaristía; porque si bien es verdad que si en muchas ocasiones se convidan los hombres á comer unos á otros por necesidad ó por deleite, en otras muchas se convidan por interés, siendo el mayor de la parte del que convida. Pero Jesucristo convida á todos á su mesa sin necesidad propia, y se da á sí mismo en manjar por pura verdad con ansia de comunicarse á todos y de hacer participantes á sus huéspedes de su eterna felicidad. ¡Por qué desgracia no comprenderán los hombres esta bondad inmensa del Señor y se apresurarán á asistir á la cena magna, á la que se les convida!

Envío el Señor á sus siervos á la hora del convite para que hicieran saber á los convidados que estaba ya todo preparado. Y dice, *á la hora de la cena*, para significar que era la edad postrera, en la que se habia empezado á anunciar á todos la gracia del Evangelio. Propiamente hablando, es esta la significación de la última hora, en que debiéndose encadenar para siempre el poder del infierno, debian entrar muy en breve en la gloria perdurable los justos, que habiendo fenecido hasta entonces, habian bajado al seno de Abraham. Antes de la venida del Redentor, no estaba preparada esta cena beatífica, pues nadie podia entrar en la vida eterna por la observancia de la antigua ley; pero después que fué crucificado el Hijo de Dios, Cordero inocentísimo, fué también abierta la puerta del reino celestial, y entonces fueron enviados los apóstoles, siervos fieles y pru-

dentes, á convidar á todos los hombres para que viniesen á la cena magna, y lo fueron así como Jesucristo fué enviado por su Padre, para que por medio de su predicación y milagros, se apresurasen todos á presentarse al festin. Pero ¡oh ingrátitud monstruosa de los hombres! todos se excusan, unos por palabras, otros por pensamientos y otros por obras. Dícese que se excusaron todos, para dar á entender que se excusaron los mas, á fin de que se comprenda que son pocos los que se salvan, en comparación de los muchos que se condenan; porque segun dice san Gregorio [1], muchos son los llamados á la cena, y pocos los que vienen con buenas obras. Mas ¡ay de nosotros! Pues afirma el mismo santo doctor, que cuando en el mundo convida el hombre rico, luego el pobre se apresura, y va muy presto al convite, y nosotros somos convidados al que nos hace Dios nuestro Señor, y nos excusamos de ir á él con hijos de perdición. Esta excusa es una indisposición de la mala voluntad que tienen los que no se quieren salvar, unos por soberbia y otros por vicios carnales.

A tres clases pertenecen los que se excusaron de ir al convite. Los primeros que dijeron que habian comprado una granja y que querian ir á verla, representan todos aquellos que llenos de ambición y de soberbia creen que solo nacieron para atesorar tesoros en la tierra, olvidándose de las riquezas celestiales que han de durar para siempre. Los segundos son figurados por los que entregados únicamente al lucro y comercio mundanal, desprecian el comercio de Dios y con Dios, que es el que produce las únicas y sólidas ventajas, porque su mayor y mas grande interés le cifra en proporcionar á la criatura las verdaderas riquezas permanentes en el cielo. Y los terceros que hirieron, maltrataron, y por último mataron á los siervos del Padre de familias que habian ido á llamarles, representan los herejes é incrédulos que en todos tiempos han perseguido, herido y maltratado á los pecadores y ministros del Evangelio, que impulsados por el cumplimiento de sus deberes y llevados como su divino Maestro por un celo ardiente, recorriendo hasta las extremidades de la tierra, han procurado conducir al rebaño de Jesucristo

[1] Div. Gregor. Hom. 38 in Evangelia.

las ovejas dispersas y descarriadas, para que participasen en la tierra de la de las delicias del manjar Eucarístico, y en el cielo de las inmarcesibles y eternas, y que fueron heridos, maltratados y muertos por aquellos mismos á quienes habian procurado hacer un bien tan grande.

La resistencia y excusas de los convidados muestran claramente la tolerancia de Dios y de su Iglesia, y que nadie es obligado ni llevado por la fuerza para resistir á este gran convite, porque es una union de voluntad á voluntad, de corazon á corazon, y solo queriendo y consintiendo la criatura, va á Dios y se une estrechamente con él. En la frivolidad de las excusas se echan de ver los mas frecuentes obstáculos que solemos oponer á la salvacion, cuales son la sociedad, el deleite y el orgullo que traen consigo las riquezas. La curiosidad de los sentidos y del entendimiento, el trabajo, las ocupaciones y los negocios temporales, que sofocan los pensamientos y roban el tiempo que debe dedicarse al importantísimo negocio de la salvacion.

Bien presto llegó á la noticia de aquel gran Padre de familias una conducta tan poco esperada de sus propios vasallos, en un tiempo en que pensaba colmarlos de honras. Encendido en una justa cólera, envió tropas contra los asesinos y dispuso que pereciesen todos, poniendo fuego á la ciudad y reduciéndola á cenizas. Adviértase empero, que el justo enojo que Dios en esta ocasion manifestó, no es como el enojo del hombre, una pasion ardorosa ó vengativa, ni la inflamacion de la sangre retirada al corazon, sino que es efecto ó ejecucion de lo que quiera su justicia que sea corregido y castigado; de lo que se infiere, que lo que se llama ira en Dios, es como dice san Agustin, la justicia que se hace contra el pecador por causa de su pecado; y muestra Dios castigarle justamente, por el menosprecio que hace aquel de no venir á gozar de la cena de la vida eterna que le estaba preparada, dejándola por los manjares viles y groseros con que le briuda el mundo.

Vengado así de sus enemigos, pensó aquel hombre en honrar de nuevo las bodas de su hijo y en llenar la pieza del banquete. Ya veis, dijo á sus criados, que la comida está pronta, pero los que yo habia convidado se han hecho indignos de la distincion que de

ellos hacia. Id por tanto luego á los caminos y salidas de la ciudad, y convidad á mi cena á todos cuantos encontráreis. Por los caminos y salidas de la ciudad (que por la mayor parte todos estaban cerrados con clausura) se entiende la vocacion de los judíos, los cuales estaban cerrados con las observancias y ceremonias de la ley y eran casi como ciudadanos de Dios, porque tenian su ley antigua; de los cuales algunos estaban en las plazas; que quiere decir, en la muy ancha carrera de la prosperidad y de la vida viciosa, y otros se hallaban en los barrios ó calles estrechas y cerradas, esto es, en angostura de adversidad y tribulacion, porque el barrio y la calle siempre es mas estrecho que la plaza. Fué obedecido el príncipe: se dividieron los siervos por diversas calles y caminos, juntaron á muchos, pero todavia no se llenaron todos los asientos; y volviendo el siervo á dar cuenta á su señor de todo lo que pasaba, se manifestó este como airado, y le dijo otra vez: Sal luego á las encrucijadas de los caminos y trae acá cuantos pobres, lisiados, cojos y ciegos encontrases, á fin de que se llene la mesa que tengopreparada; esto es, á los que son pobres por falta de virtud, y á los flacos, que lo son por defecto de bien obrar, y á los cojos y ciegos, que lo son por falta de verdadero conocimiento; trae á todos estos: porque son humildes, tiénense por indignos del divino favor y desean entrar á la cena sacramental. Y así fué que dejados los príncipes de la Sinagoga, los sacerdotes y los legisperitos y sabios de los judíos, por su ingratitud y soberbia, como desamparados de Dios, solos los sencillos y los publicanos de aquel pueblo fueron los llamados, como está escrito en el Evangelio; por lo cual continuá san Gregorio diciendo: Porque los soberbios menosprecian venir á la cena del Rey, son llamados los pobres para gozar de ella, porque Dios elige los humildes para confusion de los que se tienen por sabios y fuertes.

De los barrios y plazas quiso el Señor que saliesen sus siervos á las encrucijadas de los caminos, para que se entendiese la vocacion de los gentiles, los cuales como hombres agrestes y salvajes andaban derramados por los caminos de la prosperidad mundana y entre los bosques y eriales de la peligrosa adversidad. Hágaseles fuer-

za para entrar, á fin de que se llene mi casa de convidados, con el fervor acelerado y con la importunidad de la predicacion; así son llamados todos á la salvacion; unas veces con fervientes exhortaciones y otras con duras amenazas.

Misterioso es sin duda y digno de atencion este modo con que quiere el Señor que sean llamados á su cena los judíos y los gentiles, los primeros como rogados y convidados, y los segundos como compelidos y forzados, porque mas suave vocacion debia bastar á los hebreos que se hallaban disciplinados por la doctrina de la ley y de los profetas que entre ellos tenian, que no debia bastar para los gentiles, sepultados entre las tnieblas de la ignorancia, de la idolatría y del mas grosero error. Y añadió: *Para que mi casa se llene de convidados*; para demostrar que por la casa se entiende la iglesia celestial, donde se celebra el convite eterno de los predestinados, cuyo número será perfectamente cumplido. Asimismo podemos decir que son compelidos y apremiados los herejes á entrar en la cena, cuando castigados y corregidos por la Iglesia, se retraen de sus herejías, ó cuando cualesquiera otros pecadores se apartan de sus pecados y errores, y fatigados por los quebrantos de la vida, desengañados y arrepentidos, vuelven al amor de Dios que habian abandonado. ¡Oh bienaventurada necesidad la que precisa al hombre á dejar el camino torcido, para entrar otra vez en el recto de donde se habia separado! Muchos son los que creen vivir seguros de gozar prosperidades en el mundo; pero cuando este les vuelve la espalda y les son adversos todos los acontecimientos, entonces renuncian el siglo, le aborrecen para siempre y se convierten de veras al Señor. Por lo cual dice san Crisóstomo [1]: Cosa es de mucho mayor trabajo vencer la codicia en tiempo de seguridad, que menospreciar las riquezas en tiempo de peligro; porque ese mismo temor del peligro que causa la displicencia y el disgusto del corazón, le da fuerzas para vencer mas fácilmente todos los afectos que antes le dominaban.

Por este medio es muy fácil de comprender el motivo, porque se

[1] Div. Crisostom. Hom. 41 Oper. imperfect.

perdieron muchos en tiempo de prosperidad y bonanza, y otros se ganaron en los de adversidad y trabajos, dando sus bienes y aun sus vidas por amor de Dios. Como nada se esconde al conocimiento, y comprension infinita del Señor, permite muchas veces que algunos sean despojados de sus riquezas, para que libres de los cuidados de la tierra, puedan mas seguramente permanecer en Dios. Así se ve claro, que unos son llamados y menosprecian venir; de modo que aunque recibieron de Dios el don de inteligencia, no obraron segun su Majestad les habia dado á entender; otros fueron llamados y vinieron, porque obraron con arreglo á la gracia de discrecion que recibieron, y otros fueron apremiados á entrar en el convite, porque desearon huir de los muchos trabajos con que eran castigados y afligidos.

Llena la sala y ocupados los asientos, entró el Rey y vió allí un hombre que no estaba vestido con el vestido de gala; esto es, uno que tenia la fe de Cristo y no obraba como Hijo de Cristo, porque el vestido nupcial, segun san Gerónimo [1], son los preceptos del Señor y las obras que reciben su complemento de la plenitud de la ley y del Evangelio. El hombre pues que tiene fe sin obras, trae á las bodas de la Iglesia boca y dientes, olvidando la armonia de su vida y costumbres con las máximas de la fe; ó lo que es lo mismo, tiene fe pero no caridad, que es el verdadero vestido nupcial que cubre la multitud de los pecados, porque protege contra el frio secante de las tentaciones y adorna con las joyas riquísimas de los dones y de las virtudes; ó como dice san Agustín, constituye la diferencia entre los hijos del reino y de la perdicion [2]. En verdad que la caridad se llama el vestido nupcial, porque esta fué sin duda el precioso distintivo de nuestro Salvador, dice san Gregorio [3], cuando vino para celebrar las bodas con su nueva Iglesia. El que pues llevado en alas de la caridad vino á los hombres; pudo bien manifestar que este era el vestido nupcial. Es empero preciso advertir, que así como el vestido tiene dos caras, á

[1] Div. Hieronim. in cap. 22 Math.

[2] Div. August. Tract. 9 in Ep. Joan.

[3] Div. Gregor. Hom. 38 in Evangelia.

saber, interior y exterior, así también la caridad tiene dos preceptos, que son el amor de Dios y del prójimo, las cuales ha de guardar perfectamente el que desea vestirse con el vestido nupcial, á fin de que ni por la compasión del prójimo deje la contemplación de Dios, ni que atienda tan exclusivamente á esta, que por ella se olvide enteramente del prójimo.

A este hombre pues que no traía puesto el vestido de la boda, esto es, el manto preciosísimo de la caridad, le dijo el rey: Amigo, conviene saber por la participación de la fe, mas no por las obras de la fe; amigo, por la obligación de la deuda que conmigo tienes contraída, mas no por la solución ó pago de esta misma deuda; amigo de nombre, pero no de obras; amigo en fin por la naturaleza, porque has sido formado á imagen y semejanza de Dios; ¿cómo entraste aquí sin estar vestido con el vestido de la boda? Esto es, sin tener viva la fe por la caridad, pues sin este vestido nadie debe acercarse á la sagrada mesa eucarística, que es la cena grande, porque es muy impropio que los convidados no vistan el mismo vestido de gala que el esposo, y hay muchos que se presentan cubiertos con el asqueroso saco de la avaricia, otros vestidos con la púrpura de la soberbia, otros adornados con el manto de la vanagloria, otros cubiertos con las pieles de ovejas de la hipocresía y simulada justicia, otros empuñando las armas de la ira, otros con el hediondo vestido de la lujuria, otros flacos y macilentos, disecados por la envidia; otros muy descompuestos y negligentes, dominados por la pereza, otros tibios y flojos por la complacencia, y otros en extremo glotoneros por la voracidad de la gula; de todos los que dijo Dios por Sophonías [1]: Yo castigaré en aquel día los príncipes y los hijos del rey de Jerusalem, y á cuantos visten y viven como los extranjeros, y á todos aquellos que entran llenos de orgullo y arrogancia por los umbrales del templo, llenando de injusticias y de fraudes la casa del Señor su Dios; lo que había hecho ya decir á Ezequiel [2], cuando bajo la alegoría de las dos ramerías le hizo describir la tor-

[1] Sophon. c. 1, vs. 9 et 10.

[2] Ezequiel. cap. 23, v. 12.

pe idolatría de Jerusalem y de Samaria, por la cual habían de ser entregadas en poder de los gentiles para su total ruina.

El desventurado no pudo menos de enmudecer y callar, ya por el gran temor que le infundió la acusación, ya por la vergüenza que le inspiró su propia iniquidad y la presencia de los demás convidados, y ya en fin porque no sabiendo lo que había de contestar, quedó confundido sin tener que responder en su defensa, pues á Dios nadie puede responderle; y arguyendo á cada uno la propia conciencia, queda de repente convencido y mudo, con lo que se demuestra que en el último exámen no habrá excusas de ningún género. Así fué pues que en vista de su silencio, equivalente á la propia confesión del delito, dijo el Rey á los ministros de su justicia: *Atado de pies y manos arrojadle á las tinieblas exteriores; esto es, dejándole sin potestad para obrar el bien, para volver al camino de la salud y para recobrar la gracia; arrojadle al lugar donde quede privado para siempre de la visión de Dios y fuera del ámbito de la divina misericordia.* Mientras vivió, tuvo lugar para librarse de las tinieblas interiores y de las exteriores, y no quiso; las interiores, que son las mentales ó las de la ignorancia, conducen á las de la culpa, y estas á las de la pena; por cuya razón dijo san Gregorio [1]: Interiores tinieblas llamamos á la ceguedad del entendimiento; exteriores emperó á la noche eterna de la condenación. Los que aquí se atan por su voluntad con las interiores; allí serán atados á la fuerza con las exteriores, y allí atará la pena á los que aquí no quisieron ser atados con las buenas obras; *allí donde no habrá mas que llanto, crugir y rechinar de dientes;* esto es, dolor en el entendimiento y en el cuerpo, á lo que se reduce toda la pena infernal, por lo que dijo Job: Pasará del frío de las aguas de nieve al mas intenso y excesivo calor [2], ya que el pecado será su compañero hasta el infierno. Se olvidará de él la misericordia divina; serán los gusanos sus delicias; no quedará memoria de él, sino que será hecho astillas como árbol infructuoso. He aquí el llanto y el crugir de dientes.

[1] Div. Gregor. Hom. 28 in Evangel.

[2] Job. cap. 24, vs. 19 et 20.

Concluyó por último el Salvador esta misteriosa parábola diciendo: De verdad os digo, que ninguno de los que fueron llamados á mi convite y rehusaron venir, gustará mi cena, ni aun la verá con sus propios ojos; solos los santos son los que la gustan y ven en la presente y en la futura vida, segun lo de David [1]; Gustad y ved cuán suave es el Señor; bienaventurado el hombre que en él confía. Se llenará la casa del Señor con el número de los predestinados y de los hijos de salvacion; mas los soberbios pecadores que llamados no quisieron venir y se excusaron, quedarán para siempre desterrados de aquella celestial compañía: ¡mucho debe temerse esta sentencia del Señor! Ninguno debe despreciar el convite ni dejar de venir á él, porque si cuando fuese llamado se excusase de venir, cuando quisiese entrar hallará cerrada la puerta y será expelido. El que no entrase debe tener por cierto que le devorará una hambre eterna, sin poderlo remediar, ni gozar jamás de la refeccion de la gloria, y de la eterna friccion y vision de Dios.

Confundidos quedaron como no podian menos los escribas y fariseos con las amenazas tan terribles que en las precedentes parábolas les habia hecho el Salvador; y cuando debieran haberse aprovechado de tan santos y saludables documentos, agitados por la infernal malicia que los dominaba y forzados á su pesar por el temor del pueblo á abandonar por entonces la idea de prenderle, fueron segun su costumbre y proyecto á concentrar los lazos que habian de armarle para hacerle odioso á los judios, y prevenir y armar contra su persona los extraños; pero inútilmente tomaban tanto trabajo y multiplicaban sus culpas sin que les pudiesen servir para el logro de sus depravados intentos, puesto que Jesús no podia ser sorprendido y ya no estaba muy lejos la hora en que voluntariamente se habia de entregar á su discrecion. Ellos lo ignoraban, y por tanto iban siguiendo su plan sin perdonar afanes para lograr sus intentos: consultaron los fariseos con los herodianos y acordaron armarle celadas, á ver si podian cogerle en algun lazo con las preguntas que pensaban dirigirle sobre si debian pagar el tributo al César ó no.

[3] Ps. 23, v. 9.

Los fariseos, dice san Crisóstomo [1], sabian que el Señor los miraba como sospechosos y cautelosos enemigos; y porque pensaron que no podrian engañarle, por mas encubierta que estuviese su malicia, acordaron enviarle sus discipulos, eligiendo de entre ellos los mas astutos como menos conocidos, los que unidos con los criados de Herodes formaron la intencion de acusarle como criminal, cualquier cosa que respondiese, bien fuese en favor del César, bien en favor de la libertad de Israel. Habia venido este príncipe á Jerusalem á la fiesta de la Pascua, trayendo consigo no solo criados, sino una parte de sus cortesanos y amigos: con motivo de ser íntimo amigo del emperador romano, para justificarle mas y mas de su amistad, y darle de ello público testimonio, ponía en todos sus actos, y principalmente en sus medallas, el nombre de amigo de la familia claudiana; por consiguiente, los criados de Herodes habian de ser creídos cualquiera cosa que declarasen haber dicho Jesús contra los derechos ó privilegios del César. Los fariseos, como pertenecientes al pueblo de Dios, se creian exentos de pagar el tributo á los hombres. Los herodianos, como cobradores de los impuestos con que los romanos gravaban la Judea, se creian autorizados, y en este caso amalgamados y unidos podian hacer fuerza contra Jesús con sus dichos y aseveraciones, aunque pertenecientes á bandos diametralmente opuestos, pero reunidos en perjuicio de la inocencia y de la justicia. Así se ve que el mundo y el infierno reunen en muchas ocasiones á dos partidos enteramente contrarios en sus doctrinas, para hacerles obrar con interés comun persiguiendo el cristianismo. Sola la verdad es la que se opone al padre del error, y los que de ella se apartan, por contrarios que parezcan entre sí, pertenecen al bando del diablo.

Unidos y confabulados con este objeto los herodianos y fariseos, se encaminaron al templo, donde creyeron hallar, y en efecto hallaron, al Salvador ocupado en instruir al pueblo que no lo dejaba; y habiéndole encontrado le dijeron: *Maestro, sabemos que eres veraz y que enseñas con verdad el camino de Dios sin miramiento ni con-*

[1] Div. Crisostom. Hom. 71 in Math.

sideración á respetos humanos. Con esta lisonja alaban á aquel á quien nunca quisieron creer. Maestro le llaman y desprecian su doctrina. Miserable contradicción con que [por sus mismas palabras son cogidos los que de ellas hicieron redes para sorprender á Jesús. A estos parecen aquellos que lisonjean á los buenos en su presencia, y á sus espaldas despedazan en teramentos u buena opinión y fama, desacreditando su nombre. ¡Oh, cuán lleno está el mundo de estos hombres malignantes, de los cuales debemos pedir á nuestro Dios que nos guarde! De estos dice san Agustín [1]: Deson los linajes de los perseguidores de los hombres: el uno es de los que dicen en público las injurias, y el otro de los engañosos lisonjeros: sépase empero que causa mayor daño la lengua lisonjera, que la mano del matador. Y así, queriendo aquellos hombres alevos engañar al Salvador, le preguntan con mansedumbre y dulzura, lisonjeándole con su verdad y su justicia, siendo así que su verdadero intento era calumniarle. También le habian alabado de desinteresado, con el objeto de que respondiese en favor de los judíos y reprobese la conducta de los herodianos. La respuesta de Jesucristo dejó confundida la orgullosa necedad de los discípulos de la Sinagoga y la soberbia altanera de los herodianos, pues á unos y otros descubrió repentinamente con terrible aspereza, teniendo presente, no las palabras con que le habian hablado, sino la falsedad de sus conciencias perversas, enseñándonos con esto la aspereza con que debemos aborrecer á los lisonjeros.

¿Cómo es, les dijo, que venís á tentarme como atrevidos hipócritas? Llamábanle Maestro, y Jesús los trató de falsos, porque fingian lo que no eran, siendo unos en la voz y otros en las obras. Veraz es y enseña el camino de Dios sin miramiento ni acepción de personas, el que así reprende á los que le lisonjean. El que se gobierna por el espíritu de Jesucristo, cierre sus oídos al silbido mortífero de la adulacion, no sea que esta le obligue á desviarse de la verdad y faltar á lo que debe á Dios.

Mostradme, les dijo Jesús, el *Nunciama*, esto es, el dinero que se

[1] Div. August. in Ps. 69.

pagaba por el tributo de cada uno. Este dinero era de plata, y llamábase comunmente con este nombre, porque valia diez *nummos* de los que usaban en aquel tiempo; tenia en una parte el busto ó la imagen del César, y su nombre imperial de la otra; y habiéndolo tomado Jesús en su mano para confundirlos enteramente, díoles á conocer que era Dios, mostrándoles con tanta claridad los secretos de su perfidia, y les preguntó: *¿Cuya es esta imagen e inscripcion?* Preguntó, no por ignorancia, sino porque queria que ellos por su propia boca reconociesen su obligacion, y que supiesen que con su falaz hipocresia habian dado motivo á la admirable sentencia con que iba á dejarles confundidos: dijéronle, del César, y en seguida le replicó: *Dad pues al César las cosas que son del César, y las que son de Dios, dadlas á Dios;* lo que fué decirles: Dad al César el tributo por cuya obligacion confesais serle súbditos. Aquello que se le debe dar porque no es contrario á los preceptos de la ley; porque si alguna cosa de las que así se dan dañase á la fe, no seria renta que perteneciese al César, sino tributo que se pagaria al demonio. Y añadió: *Y las cosas que son de Dios, dadlas á Dios,* porque como dominador supremo se le deben de justicia los diezmos y las primicias, y las ofrendas y los sacrificios, como lo dice san Jerónimo [1]: Lo que practicó el mismo Salvador, mandando á san Pedro pagase por sí y por él el tributo al propio emperador en la ciudad de Cesarea, y dando á Dios las cosas que le pertenecian, haciendo en todo la voluntad de su Padre. También puede tener otra explicacion esta contestacion de Jesús. Diciendo á los judios, *dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César,* parece que quiso decirles: Luego este no es el tributo impuesto por Moisés. *Pagad al César la moneda que viene del César;* y puesto que Dios permite que le esteis sujetos en castigo del abuso que habeis hecho de vuestra independencia, vivid con él como vasallos fieles. Así lo hicisteis bajo la dominacion de los griegos y bajo el imperio de los persas. Pero no por eso dejéis de pagar á Dios lo que á él pertenece; esto es, el *medio ciclo* que le debeis segun la ley y que continúa

[1] Div. Hieronim. in esp. 22 Math.

acufiándose entre vosotros por orden de Dios, según la medida que se conserva en el templo. El cumplimiento de esta obligación no os dispensa de aquella, porque no son incomparables.

El tributo nada tiene de opuesto á la ley divina. San Pablo le manda pagar á quien se daba. Y pues Dios es quien elevó al César al alto lugar que ocupa, á Dios da lo que debe quien paga al César lo que es suyo. Ningun vasallo mas fiel en el pago de los tributos que el verdadero cristiano. Mas como los filósofos ni quieren ser vasallos ni fieles, niegan abiertamente al Magistrado supremo el tributo que aquí manda Cristo que se le pague. Así como la imagen del César fué bastante motivo para que Jesús mandase á los judíos le pagase el tributo, así nosotros debemos pagar á Dios el tributo de nuestra alma, porque en ella está estampada la imagen de Dios. Esta imagen es memoria continua de nuestra obligación y despertador de nuestra tibieza. Si somos de Dios, si no tenemos otro principio de nuestro ser, si esta obra de sus manos la selló Dios con su imagen para que nadie ignorara que era suya, si después de borrada por el pecado vino á renovarla él con su misma sangre, claro es que debemos entregarnos á Dios todos enteros, porque suyo es todo lo que tenemos. Y así como el César no se da por pagado el tributo con una moneda falsa y adulterada, así Dios no se contenta con que le volvamos desfigurada y contrahecha con la culpa la obra que salió de sus manos hermosa y perfecta. A Dios hemos de volver el alma cuando muramos: si somos moneda legítima de Jesucristo, seremos dignos de que nos ponga en su erario y tesoro; mas si pecando hemos borrado en nosotros su imagen, seremos arrojados á las llamas destinadas á consumir la escoria del mundo, que son los pecadores.

Ningun motivo pudieron tener los judíos para ofenderse de la respuesta tan sabia y prudente y que con tanta precaucion les habia dado Jesús, puesto que sufrían se fabricasen en sus tierras una moneda extranjera, ni tampoco pudieron ofenderse en lo mas mínimo los ministros del César. Y ellos eran principalmente á los que convenia atender, porque sus enemigos estaban resueltos á abandonar á Jesús á la venganza de los extranjeros, si por lisonjear el celo hi-

pócrita de los fariseos se hubiera declarado el Señor en favor de la independencia de su nacion. Pero como no convenia á la gloria de su Padre ni al honor de su sacrificio que los gentiles que solamente habian de ser ejecutores de la sentencia de muerte dada contra el por la Sinagoga en aborrecimiento de su doctrina, pareciese que lo sacrificaban como á un sedicioso contra los intereses de su imperio, quiso su Majestad evitar con su infinita sabiduría este funesto escollo; y así eligió el término medio que dejó tan autorizada su santidad como su justicia.

No fué este el único y solo conflicto en que en esta ocasion quisieron colocarle los fariseos, los que habiendo salido tan mal parados con su hipócrita intenciona, se marcharon llenos de confusion, admirando á pesar de su envidia la sublime prudencia del Salvador. A los herodianos sucedieron los saduceos, nuevos enviados de la escuela farisaica, para ver si á lo menos podian desacreditar á Jesús con una cuestion bien difícil, de la que esperaban no saliese con tanta ventaja suya, como habia logrado salir de las anteriores. ¡Miserable efugio de un aborrecimiento que puede poco, pero que ciego y obstinado, nunca se cree desarmado por mas que quede vencido!

Eran los saduceos una secta de impíos que negaban la resurreccion de los cuerpos, porque no creian ni la espiritualidad ni la inmortalidad de las almas; y así tan luego como el soberano Maestro hubo satisfecho á la pregunta de los fariseos, vinieron aquellos á proponerle su dificultad en estos términos: *Maestro, le dijeron, tenemos de Moisés una ley que dice: Si un hombre de la sangre de Jacob muere sin dejar hijos, el hermano del difunto se desposará con la viuda para dar herederos á su hermano; y el primer hijo que nazca de este matrimonio, será tenido por hijo del difunto. y por lo menos entrará en todos sus derechos y recogerá la sucesion.* Esto supuesto le dijeron: Vivian entre nosotros siete hermanos: el primero se casó y murió sin hijos, el segundo por obedecer la ley, casó con la viuda de su hermano mayor y murió tambien sin ellos. Así sucesivamente se casó con todos, y con ninguno tuvo hijos. Nuestra dificultad consiste en saber, ¿qué sucederá en la otra vida

después de la resurrección? Pues durante su vida ella los tuvo á todos por esposos legítimos. Parece claro que con esta pregunta querian enseñar no haber resurrección, ó que si la habia, resucitados todos, se habian de celebrar bodas como se celebran ahora. No ha y duda que si esto hubiese de suceder así, resultaba el inconveniente grande de quién habia de ser aquella verdadera esposa; pues habiéndolo sido todos en esta vida y no pudiendo serlo en la otra, sino de uno, cualquiera de ellos alegaria el mismo derecho para poseerla; por tanto, presuponian, y deseaba concluir, ser quimérica la resurrección que segun la fe católica se espera. Ellos deseaban embarazar al Señor, y este no solamente los confundió, sino que destruyó su error y herejía diciéndoles:

Vosotros os engañais y errais porque no sabeis las Escrituras, y porque ignorais hasta dónde se extiende el poder de Dios: escuchad y quedareis instruidos. Los que están sobre la tierra y pasan en ella una vida breve que deben perder bien presto, contraen en ella obligaciones. Los hombres se desposan con las mujeres y estas toman marido: de esta manera se perpetúa el siglo presente y los hombres se van sucediendo los unos á los otros. Pero no es así después de la muerte. Los que mueren en desgracia de Dios no resucitarán en cuerpo y alma, sino para ser castigados en el infierno; y los que fuesen dignos de la gloria, resucitarán para gozar de una inmortalidad dichosa, y ya no estarán sujetos á los impulsos de la carne y de la sangre. Los hombres ya no tendrán mujeres ni estas maridos. Estarán exentos para siempre del imperio de la muerte; no se verá en el cielo esta continua sucesion de los unos que nacen para reemplazar á los que desaparecen. En la resurrección no habrá casamientos, sino que los hombres serán como los ángeles de Dios en el cielo. Ya se llamarán hijos suyos y no hijos de los hombres, porque resucitarán para vivir eternamente por virtud de la omnipotencia del mismo Dios.

Segun dice el venerable Beda [1], por los siete maridos de aquella mujer es figurada toda la universidad de los malos, cuya mujer es la vida y la conversacion mundana; y para destruir toda la doc-

[1] *Ven. Bed. in cap. 20 Lucas.*

trina de los saduceos, que representaban los amadores del mundo estériles y ajenos de buenas obras, porque sin duda serán arrebatados por muerte miserable antes del tiempo que ellos pensaban, les añadió: Que vivirán los hombres en el cielo como los ángeles de Dios; no porque sean ángeles en la naturaleza, sino porque serán como ellos en la propiedad de la limpieza; porque serán inmortales é incorruptibles, y porque ninguno se ha de engendrar de nuevo. Así es que no dijo Jesucristo esta expresion para que creamos que después de la resurrección han de ser los hombres espíritus angélicos, sino para enseñarnos que han de ser espirituales, y que su vida y conversacion ha de ser dotada de cumplida pureza, viendo y gozando de Dios; porque cierta cosa es que cesando la causa, cesa tambien el efecto que de ella se suele seguir; y como las bodas fueron ordenadas para la sucesion de los hijos que se crian para la honra y servicio de Dios, durará solamente este efecto hasta que se llene el número de los escogidos en la resurrección universal.

Después que el Salvador hubo respondido á esta pregunta falzó de los saduceos, refutando y confundiendo su herético error, les habló de la resurrección, confirmando el artículo que la asegura por la autoridad de las Escrituras santas; así es que trajo á su propósito un dicho de infalible autoridad, consignado auténticamente en el libro segundo de la ley, diciéndoles: ¿No habeis leído de la resurrección de los muertos lo que fué dicho por el mismo Dios? Yo soy Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Pues sabed que no es Dios de los muertos, sino de los vivos. Por esta autoridad probó el Señor la inmortalidad de las almas que negaban los saduceos, y por consiguiente la resurrección de los cuerpos, por cuyo medio obraron los bienes y los males. Dios no se dice Señor de las cosas que no son y carecen de ser, ó de las cosas que son nada, porque es muy verdadera y cierta la relacion y el respeto de la criatura á Dios que lo crió; porque en nada se puede fundarse esta relacion. Y siendo así que Dios se llama Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob, que ya murieron, síguese que ellos permanecen vivos y son; porque no dijo Dios: *Yo fui Dios de estos, sino yo soy*; como si estos patriarcas estuvieran presentes y vivos cuanto al cuerpo, de lo que se infiere que lo son cuanto al alma, y se concluye que esta nunca muere.

Por esta misma autoridad prueba tambien la resurreccion de los cuerpos por la verdad de su justicia; porque diciendo que es Dios de Abraham y de los otros que lo sirvieron en sus cuerpos, justa cosa es que sean remunerados y satisfechos con los mismos cuerpos, en los cuales merecieron; y con este fundamento es cierto que los cuerpos y las almas de todos recibirán los bienes ó los males que en su vida y union merecieron; porque el hombre mereció ó desmereció estando juntos el alma y el cuerpo; y así es razon que en el siglo venidero sean castigados ó remunerados el uno y el otro; y esto no podría ser si no se esperase con la firmeza de la fe infalible la resurreccion general de todos los cuerpos.

Este razonamiento que el Señor hizo en pocas palabras, cerró para siempre la boca á los saduceos, los cuales desde este mismo instante no se atrevieron á acometer á Jesús ni entrar otra vez en disputa con su Majestad. Todo el pueblo admiró la doctrina del Maestro soberano, y lo que es mas, mereció tambien la aprobacion de los escribas y fariseos, que bien presto fueron informados del suceso de la disputa. Como ellos eran extremadamente opuestos á los saduceos, tanto por el interés de su secta quanto por los principios de su religion, y mantenian la fe de la resurreccion, no pudieron contenerse sin ir en tropa á manifestar á Jesús la satisfaccion que tenian del modo eficaz y sabio con que había confundido el error de sus contrarios; y así le dijeron: *Maestro, habeis hablado admirablemente*; como quien dice: No podia combatirse ni confundir de una manera mejor la impiedad de estos temerarios, como lo habeis hecho vos con el testimonio de las Escrituras. Sin embargo, aunque al parecer manifestaban suma complacencia por ver humillados á sus enemigos, no era completo su gozo, porque había adquirido el triunfo un hombre á quien aborrecian mas que á los ímpios de su tiempo. Envidiaron á Jesús la honra que le daba para con el pueblo este triunfo debido á su eterna sabiduría; y como tenian las consecuencias que de allí podrian resultar contra ellos, volvieron de nuevo á sus ataques. Juntáronse en concilio con deseo de vencerle ó de cogerle en alguna palabra, á cuyo efecto se le presentó uno de ellos acompañado de una gran multitud de prosélitos y maestros de la ley á ver si podrian amedrentarle; sobre lo cual dice san Crisós-

tomo [1]: Juntáronse pensando confundir ó amedrentar con multitud de personas, al que no pudieron vencer con cautelosas razones. De donde parece que lo que les faltaba de verdad y de razon lo querían suplir y confundir con el numeroso acompañamiento; mas siempre son vanos y enteramente estériles é infructuosos los proyectos de los hombres cuando se dirigen contra los de Dios.

De notar es que primero habían embestido á Jesús los fariseos y herodianos, los que confundidos entregaron sus armas y permitieron la entrada á los saduceos; y batidos y confundidos estos huyendo en vergonzosa derrota, volvieron al ataque los fariseos, y uno de ellos, doctor de la ley, no con deseo de aprender lo que ignoraba, sino por ver si erraria en la respuesta el que todo lo sabe, cubriéndose con la capa de discípulo, tomó el oficio de tentador, y llamándole Maestro le dijo: *¿Cuál es el mandamiento grande en la ley?* Disputábase esto entonces entre los judíos. Los fariseos avaros preferian los sacrificios á la honra que á los pobres se debe; atendian á su comodidad antes que al bien de los otros. Hubo quien en esto se les opusiere; y como ambas partes alegaban sus razones, esperaban que la respuesta de Jesús diese algun motivo para reprenderle y acusarle, ó de enmendador de la ley, ó de menospreciador de las tradiciones. Mas el Salvador, dechado de los maestros de la Iglesia, no se desdendió de enseñar á sus enemigos, aunque vió la malignidad de donde nacia la pregunta; con lo que á ellos y á todos nosotros intimó en su respuesta un precepto altísimo, que es el alma de la religion. Maestro le llamó, como hace observar san Crisóstomo, no queriendo ser su discípulo; y trata del mandamiento mayor el que no guarda ni aun el menor; siendo así que solo aquel debe preguntarse de la perfeccion mayor y justicia que ya cumplió y ejecutó el menor. Jesús empero, desentendiéndose de todos los antecedentes y como si ignorase toda lo que entre ellos pasaba, le respondió: *El mayor y el mas grande de todos los preceptos es el que se anuncia por el Legislador, en estos términos: "Escucha, pueblo de Israel: "El Señor tu Dios es solo Dios. Amarás pues al Señor tu Dios: "con todo tu corazon, con toda tu alma; con toda tu mente y con*

[1] Div. Crisostom. Hom. 42 Oper. imperf.

"todas tus fuerzas." Este el primero y mayor mandato; pero hay un segundo semejante al primero, que dice: *Amarás á tu prójimo como á tí mismo.*

No dice en la ley, *temerás*, sino *amarás*; porque el temor es propio de los siervos, y amar es propio de los hijos. Ni dijo, *conocerás*, sino *amarás*; porque conocer á Dios nuestro Señor es propio de la naturaleza humana, mas amarle es cierta piedad del corazón religioso y perfecto. *Amarás de todo corazón*; que quiere decir, de todo tu entendimiento, sin error, de manera que ningún error tengas en la confesion de la Divinidad; y *lo amarás con toda tu alma*, esto es, sin contradiccion alguna, de manera que ninguna cosa ames que á él sea contraria. *Lo amarás de toda tu mente*; esto es, con toda tu memoria, sin olvido alguno, no acordándote de cosa que pueda apartarte de su amor. Y *lo amarás de toda tu virtud y de toda tu fortaleza*, de modo que todas tus fuerzas y todo tu poder lo sirvan, y se gasten y empleen en servirle.

Expresando su opinion el grande san Agustín [1] sobre este precepto del amor de Dios, dice: Mandato te está que ames á Dios de toda tu voluntad y de toda tu alma, y de todo tu corazón, para que pongas todos tus pensamientos, toda tu vida y todo tu entendimiento en aquel de quien recibiste y tienes todas las cosas que le das. Segun este mandamiento, ninguna cosa debe estar ociosa en nosotros, ni ninguna hemos de amar mas que á Dios, y todas las demás debemos amarlas por él; de manera que cualquiera otro bien que viniera á la presencia del corazón para ser amado, se ame con amor que se ordene á aquel fin, que es el mismo Dios, y para él solo vuele y corra con toda la fuerza del amor, porque solo entonces es el hombre bueno, cuando toda su vida se encamina y ordena al servicio y amor del bien soberano que es Dios. Amar á Dios de todo corazón es no repartir el amor en otras criaturas, sino amarle por quien es, y á las criaturas por solo el amor de Dios. Y san Bernardo dice [2]: Amar á Dios nuestro Señor de todo corazón es ir sabiamente contra todos los malos pensamientos y contra todos los entretenimientos que nos pone el enemigo para que no seamos

[1] Div. August. lib. 1 de Doctrina Christiana, cap. 24.

[2] Div. Bernard. lib. De diligendo Deo.

engañados; y amar á Dios con toda el alma, es pelear varonilmente contra los falsos deleites de la carne, á fin de que no seamos seducidos por sus sugestiones; y amar á Dios con toda nuestra mente, es caminar con ánimo decidido contra las adversidades del mundo, para que no seamos maltratados ni desmayemos con el favor de la virtud, porque estas son las tres cosas principales que mas apartan al hombre del amor de Dios, á saber: mundo, demonio y carne.

El Maestro divino dijo que este es el mandamiento mayor, mas principal y primero, porque es mandamiento de materia soberana, y es principal y primero porque se pone primero entre todos los mandamientos, y aun antes que el del amor del prójimo. Llámase grande, porque contiene lo mas grande y excelente que la criatura puede hacer; y llámase máximo ó soberano, porque lo confirma la ley evangélica ordenada y dada por el mismo Hijo de Dios Cristo Señor nuestro.

Después de esto añadió el Señor: El segundo mandamiento es semejante á este. Nótese bien que no digo igual, sino semejante; porque es de amor y de cosa que se parece á Dios nuestro Señor, cual es el hombre hecho á la imagen de Dios, y por eso le dijo amarás á tu prójimo como á tí mismo; lo que equivale á decir: Amarás á tu prójimo en todo aquello que te amas á tí mismo; esto es, en toda justicia, virtud y salud, deseándole gracia en la vida presente y gloria en el siglo venidero, como la deseas para tí mismo. Y cuando el Señor dice que el segundo mandamiento es semejante al primero, délese entender que el amor del prójimo proviene del amor de Dios; por lo cual dice san Pablo [1]: El que ama al prójimo cumple la ley, porque el amor del prójimo nace del que la criatura tiene á Dios; por cuya razon dijo san Gregorio [2]: Del amor de Dios nace el del prójimo, y este se aumenta y refuerza por aquel; y san Agustín añade [3]: Mira primero si sabes amarte á tí mismo, y hecho esto, procura amar á tu prójimo como á tí te amas; mas si aun no sabes amarte á tí mismo, no engañes al prójimo como te engañas á tí.

[1] Div. Paul. Ep. ad Rom. cap. 13.

[2] Div. Gregor. lib. 7 Moral. cap. 11.

[3] Div. August. Sermon. 43 de Verb. Dni.

El doctor á cuya pregunta habia respondido Jesús, parece que era uno de aquellos hombres que sin envidia ni pasion se hacen enemigos por puro empeño y razon de estado, y aborrecen mas por espíritu de compaña que por odio ó adversion, y por esto manifiestan en algunas ocasiones sinceridad y candor; así fué que convencido de la respuesta de Jesús, le dijo: *Maestro, habeis respondido bien.* Ninguna cosa mas verdadera que la que acabo de oír de vuestra boca, y yo hago profesion de creer como vos, que nuestro Dios es el único, y que no hay otro sino él; que es preciso le amemos con nuestro corazon, con nuestra mente y con todas nuestras fuerzas, y que tambien debemos amar al prójimo como á nosotros mismos. Cumplir con toda extension este precepto, es hacer una cosa mas agradable á los ojos de Dios, que lo son todos los holocaustos y sacrificios.

No podia mirar el Salvador con indiferencia la sincera ingenuidad de aquel doctor, y así tratándole con benignidad, elogiando la sabiduría de su respuesta, y la docilidad en que lo veia, le dijo: *Segun las disposiciones en que os hallais, no estais lejos del reino de Dios.* Que fué decirle: Sois muy á propósito para abrazar la doctrina del Evangelio, que haria de vos, si quisierais, uno de los siervos y súbditos de Dios y de su Cristo. No se le parecian empero sus colegas; ellos habian vuelto en gran número, no con ánimo de ser instruidos, sino de fatigar y sorprender en alguna palabra al que querian que fuese condenado. No obstante, como ninguna cosa le salia bien, perdieron el ánimo con la esperanza, y viéndolos el Señor abatidos, desatinados y desordenados, les hizo la última pregunta, con la que acabó de confundirlos: *¿Qué os parece, les dijo, de Cristo? ¿De quién es Hijo?* Ya que el Salvador hizo callar á los fariseos mostrando que él es la eterna sabiduría, preguntóles acerca del Mesías, no si creian que habia de venir ó que habia de nacer de la familia de David, porque esto lo sabian ellos por la Escritura, sino si creian que era solo hombre, ó Hijo de Dios y verdadero Dios y hombre. Ellos, que no se dejaban llevar del espíritu de Dios para volar sobre la corteza de la letra, dijeron que era Hijo de David, esto es, hombre y no Dios. Entonces Jesús les dijo: *¿Pues cómo es que David, á ese que vosotros tenéis por hijo su-*

yo, en espíritu le llama Señor? ¿No es mayor la autoridad de los padres que la de los hijos? El que venga después de nosotros podrá ser hijo nuestro; pero señor no, porque el señorio solo corresponde á los que están con nosotros ó son antes que nosotros.

Bien sabia Jesús que todos ellos pensaban de esta suerte, y no se detuvo en aprobar su consentimiento sobre este artículo de la tradicion y sobre la fe que de él debian á las profecías de sus padres; y así continuó reforzando su última reflexion diciéndoles: *¿Si Cristo es Hijo de David, como hablando de él, dice: El Señor dijo á mi Señor, siéntate á mi diestra hasta que yo ponga á tus enemigos por tarima de tus piés?* Así arguye Jesús, no para probar que Cristo no es Hijo de David, sino para corregir el error en que ellos estaban, no teniéndole por verdadero Dios, sino por puro hombre, mostrándoles que cuando David llamó Señor al Mesías antes que naciese, y Señor suyo, vió en él con la luz del espíritu alguna cosa superior á la naturaleza humana y á la dignidad de rey de la tierra que tenia. No respondieron cosa alguna los fariseos porque no sabian bastante para ello; mas hallándose como se hallaban en la fuente de la luz, de ellos dependia si no estaban perfectamente ilustrados, y su ignorancia no tenia disculpa. No respondieron, porque no podian negar la Escritura, y porque el argumento era tal, que ni siquiera les pudo ocurrir cosa alguna que responder, y desde aquel dia ninguno se atrevió á hacerle mas preguntas, y esto fué porque con el testimonio de la Escritura y con el apoyo de su propia razon quedaron convencidos y confusos. Sobre lo cual dice san Jerónimo [1]: Porque se hallaron confusos por las razones que dió en su defensa el Redentor, no le preguntaron mas sus adversarios ni le presentaron otras dudas cautelosas, sino que trataron y procuraron prenderle, y así preso lo entregaron al juez de los romanos. De aquí entenderemos que el veneno y la ponzoña de la envidia se puede ocultar alguna vez, pero mas tarde ó nunca, con gran dificultad, puede apagarse, y así muy presto vuelve de nuevo á arder.

[1] Div. Hieronim. in cap. 22 Math.

ORACION.

Señor mio, Dios y Padre mio amantísimo, que queriendo salvar á todos los hombres y colmarlos de bienes inefables, te preparaste la cena y refeccion de la celestial bienaventuranza llamándolos allá de muchas maneras; no me opartes ni lances de ella, y usa conmigo de misericordia, puesto que veniste para repartir y alimentar á todos; antes bien, hazme entrar en tu festin eterno, porque soy pobre en la vida y flaco en el bien obrar, y allí me reforzaré: vísteme el vestido de la boda que es la caridad, y el hábito de las santas virtudes, para que me aparte de todo lo que es ofensa tuya; y atado de piés y manos no sea arrojado en las tinieblas exteriores é infernales. Alúmbrame para entender las astucias y malicias de los engañadores; librame de ellas y enséñame á guardar siempre en mi persona la verdad de la vida, la de la doctrina y la de la justicia, á fin de que señalato por tu clemencia con tu santa imágen, pueda huir de toda conversacion carnal y mundana, y renovado segun el espíritu de la gloria de la resurreccion, merezca gozar en el cielo con tus ángeles de la vida inmortal, que consiste en verte y gozarte como á Dios y Señor. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XIV de san Lúcas, desde el versículo 16 hasta el 24; al XXII de san Mateo, desde el versículo primero hasta el 46, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto de san Lúcas para el Evangelio de la misa de la Dominica segunda después de Pentecostés, versículos 16 al 24; de el de san Mateo, para el de la misa de la décimanona, tambien después de Pentecostés, versículos 1 al 14; para el de la vigésima segunda idem, versículos 15 al 21; y para el de la décimasétima idem, versículos 35 al 46. Unos y otros dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMÍNICA SEGUNDA DESPUES DE PENTECOSTES.

San Lúcas, cap. XIV, vs. 16 al 24.

En aquel tiempo dijo Jesús á los fariseos esta parábola: Un hombre hizo una gran cena y convidó á muchos. Y á la hora de la cena

envió uno de sus criados á decir á los convidados que viniesen, que todo estaba ya aparejado. Y comenzaron á una todos á excusarse. El primero le dijo: He comprado una granja y necesito ir á verla; ruégote que me tengas por excusado. Y otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes y quiero ir á probarlas; ruégote que me tengas por excusado. Y otro dijo: He tomado mujer y por eso no puedo ir allá. Y volviendo el siervo, dió cuenta á su Señor de todo esto. Entonces airado el Padre de familias dijo á su siervo: Sal luego á las plazas y calles de la ciudad, y tráeme acá cuantos pobres, y liciados, y ciegos, y cojos hallares. Y dijo el siervo: Señor, hecho está como lo mandaste, y aun hay lugar. Y dijo el Señor al siervo: Sal á los caminos y á los cercados, y fuézalos á entrar para que se llene mi casa. Digoos que ninguno de aquellos hombres que fueron llamados gustará mi cena.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMÍNICA XIX DESPUES DE PENTECOSTES.

San Mateo, cap. XXII, vs. 1 al 14.

En aquel tiempo hablaba Jesús á los príncipes de los sacerdotes y á los fariseos en parábolas, diciendo: Semejante es el reino de los cielos á un rey que celebró las bodas de su hijo. Y envió sus siervos para que llamasen á los convidados á las bodas, y no querian ir. Volvió á enviar otros siervos diciendo: Decid á los convidados: He aquí, mi comida tengo prevenida; muertos están ya mis toros y los animales cebados, y todas las cosas dispuestas; venid á las bodas. Mas ellos no hicieron caso y se fueron uno á su granja, otro á sus negocios, y los demás, apoderándose de sus siervos, habiéndolos ultrajado, los maltrataron. El rey, oido esto, se enojó, y habiendo enviado sus ejércitos, destruyó aquellos homicidas, y puso fuego á su ciudad. Entonces dijo á sus siervos: Las bodas están prevenidas; mas los que fueron convidados no eran dignos. Id pues á las salidas de los caminos, y cuantos halláreis, llamadlos á las bodas. Y saliendo sus siervos por los caminos, juntaron á todos los que hallaron, malos y buenos, y la sala de las bodas se llenó

de gente que se sentase á la mesa. Entró luego el rey á ver los que estaban á la mesa y vió allí un hombre que no estaba vestido de ropa nupcial. Y le dijo: ¿Cómo has entrado acá sin tener ropa de boda? Y él enmudeció. Entonces dijo el rey á los que servían: Atado de piés y manos echadle en las finieblas exteriores; allí habrá lloro y rechinar de dientes. Porque muchos son los llamados y pocos los escogidos.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMÍNICA XXII DESPUES DE
PENTECOSTES.

San Mateo, cap. XXII, vs. 15 al 21.

En aquel tiempo, idos los fariseos, consultaron cómo sorprenderían á Jesús con sus palabras. Y envían á él sus discípulos con los herodianos diciendo: Maestro, sabemos que eres veraz y que enseñas con verdad el camino de Dios sin miramiento á nada, porque no tienes acepcion de personas. ¿Dinos pues qué te parece? ¿es lícito pagar el tributo al César ó no? Mas Jesús, conociendo la malicia de ellos, les dijo: ¿Por qué me tentais, hipócritas? Mostradme la moneda del tributo. Y le presentaron un dinero. Dijoles entonces Jesús: ¿Cuya es esta imágen é inscripcion? Dícenle: Del César. Entonces les dijo: Pagad pues al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMÍNICA XVII DESPUES DE
PENTECOSTES.

San Mateo, cap. XXII, vs. 35 al 46.

En aquel tiempo se llegaron á Jesús los fariseos, y uno de ellos, doctor de la ley, para tentarle le preguntó: Maestro, ¿cuál es el mandamiento grande en la ley? Dijole Jesús: Amarás á tu Dios y Señor de todo tu corazón, y con toda tu alma y con todo tu entendimiento. Este es el mandamiento mayor y primero. El segundo es semejante á este; amarás á tu prójimo como á tí mismo. Estos

dos mandamientos son la suma de toda la ley y de los profetas. Y habiéndose congregado los fariseos, les preguntó Jesús diciendo: ¿Qué os parece de Cristo? ¿De quién es Hijo? Dícenle: De David. Dícenle él: ¿Pues cómo es que David en espíritu le llama Señor diciendo: Dijo el Señor á mi Señor, siéntate á mi diestra hasta que ponga yo á tus enemigos por escaño de tus piés? Pues si David le llama Señor, ¿cómo es hijo suyo? Y nadie podia responderle palabra, ni se atrevió nadie desde aquel dia á hacerle otra pregunta.

